

Los eternos invisibles

Por la mañana, la tarde y hasta altas horas de la noche es común ver a niñas y niños de entre cuatro y hasta quince años de edad pidiendo comida y vendiendo, desde DVD's hasta ropa interior, en plaza Flores. El comerciante Julio Suárez, quien desde hace 38 años tienen su tráiler instalado en la plaza, ve con preocupación la situación. *“Hay un par de niñas, que las tenemos bien identificadas, que andan vendiendo medias. Pero la mayoría son varones y andan pidiendo”, explicó Suárez*, quien dice haber sido testigo de casos donde la costumbre de vivir en situación de calle se ha ido transmitiendo de generación en generación. *“Sabemos que hay diversos ámbitos donde los niños van y se pueden corregir, pero creo que no están funcionando como deberían. Hay que tener en cuenta el tema de la patria potestad. No podemos dejar que un niño ande todo el día en la calle, o gran parte de la noche en la calle, mientras los papás quién sabe lo que hacen.”*, opinó el comerciante.

Camila, es una de las niñas que suele recorrer mesa por mesa en los tráileres que le permiten trabajar, por lo menos tres veces por semana. Vive en barrio “La Humedad, tiene once años y está cursando 4to de escuela. Mientras intentaba venderme tres pares de medias, un jueves a las 20.30 hs, en una breve conversación me contó que va a la escuela por la mañana y de tardecita sale a vender. *“Tengo cuatro hermanos más chicos, pero salgo sola. Soy la única que trabajo junto con mi madre que hace limpiezas”*. *“Me gusta salir a vender, me conozco todas las calles”* aseguró Camila, mientras me explicaba que a ella nadie la obliga a trabajar y que desde los ocho años lo hace. También me aclaró, como una experta comerciante, que donde más vende es en Plaza Flores porque allí la gente no está “amontonada” y tiene tiempo para atenderla mientras espera el pedido. Según Camila, en la calle siempre la tratan bien y a veces alguien le compra un pancho o golosinas. Asegura que le va bien en la escuela y que concurre a clase todos los días. De todos modos, teniendo en cuenta su edad, es evidente que ha repetido, por lo menos dos años, lo que es común en estos casos. Incluso, el último Informe Nacional sobre Trabajo Infantil en Uruguay reveló que tres de cada diez niños y adolescentes que trabajan terminan abandonando los estudios.

Pero Plaza Flores no es el único punto atractivo para los niños, niñas y adolescentes de Rivera y Livramento que, diariamente, mendigan por las principales arterias del centro, y muchas veces, duermen debajo de algún cartón en el Parque Internacional. Otros lugares donde frecuentemente se los ve pidiendo a los turistas es en la plaza Gral. Artigas y en la Terminal de Ómnibus.

La situación a nivel nacional es alarmante si tomamos en cuenta los últimos datos relevados a través del programa de Atención a las Personas en Situación de Calle (PASC), del Ministerio de Desarrollo Social, que indican que el 15% de las personas que se encuentran en esas circunstancias son menores de 18 años. Estos números dejan en evidencia la apatía e incapacidad de los gobernantes de este país que se han comprometido, desde hace muchos años, a erradicar este mal. Lamentablemente, los candidatos políticos suelen acordarse del tema e incluirlos en sus discursos solamente

cuando se aproximan los períodos de elecciones. Pero como ciudadanos responsables debemos exigirles que cumplan con todos los tratados internacionales que han ratificado contra el trabajo infantil, lo que implica encarar el tema con seriedad para prevenir y eliminar el trabajo realizado por niños, niñas y adolescentes. Con la ratificación del Convenio N° 138 de la OIT sobre la edad mínima de admisión al empleo, en 1977, se estableció que ningún menor de 15 años puede trabajar en Uruguay. Asimismo, todo adolescente mayor de 15 años no debe realizar trabajos que perjudiquen sus derechos a la salud, la educación, a descansar, jugar, entre otros, que establece la Convención Internacional sobre los Derechos del Niño, que fue ratificada por nuestro país en 1990.

Consultado sobre el tema, el presidente del Instituto del Niño y Adolescente del Uruguay (INAU), Javier Salsamendi, dijo que *“el inicio del trabajo que se desarrolla desde el año pasado en Rivera va a ir dando sus frutos, pero esos frutos no pueden ser inmediatos. No se cambia once, doce o dieciséis años de vida en seis meses o en un año. Lo ideal es poder trabajar con el entorno familiar desde antes del nacimiento o en el momento mismo del nacimiento, por eso le estamos dando una prioridad al trabajo con primaria infancia y se están terminando de articular acciones para poder generar un abordaje con las familias más precarias, más vulnerables, más pobres, no solo más pobres materialmente, a veces el problema no es solo de plata, también hay una cuestión de transmisión cultural en crisis”*.

El trabajo al que refirió Salsamendi se llama Giralunas, un proyecto en conjunto entre INAU y Centro Abierto que se formó en diciembre del año pasado con el objetivo de atender a niños en situación de calle extrema, que son aquellos que pasan la mayor parte del tiempo en la calle donde, generalmente, pernoctan. Actualmente el proyecto atiende a diez niños en esa situación. *“Todos tienen familiares, pero uno de los aspectos que está debilitado es el vínculo entre ellos”*, según la Lic. Déborah Pereira, coordinadora del proyecto.

Por su parte, la Lic. Rosana Casal, explicó que la metodología de trabajo consiste en *“ir al encuentro de los chiquilines en la calle para tratar de establecer un lazo que posibilite, después, plantear otras acciones con ellos”*. A esta tarea se han dedicado los educadores de Giralunas durante los primeros meses, *“tratando de contactar a los chiquilines y establecer una relación basada en la confianza y el respeto con el niño. Por otro lado, se trabaja con la familia, se trata de ver qué cosas podemos ir cambiando para que, en un futuro, a esos chiquilines los podamos reinsertar en su familia de origen o, en su defecto, si vemos que el trabajo con la familia no surte efecto, a un hogar alternativo que puede ser del INAU, u otras alternativas”*, señaló Casal.

En Giralunas también se realizan trabajos recreativos, como por ejemplo, ir al cine, salir a comer en grupo, o ir a acampar en verano, que es una de las actividades que están planificando para *“presentarles otra realidad a los chiquilines y vincularlos con otras instituciones, otros espacios, para que puedan tener otra opción ”* según Casal.

La Lic. Pereira reconoce que este trabajo “*es un proceso de avances y retrocesos*”, y que “*cada niño es un niño y tienen su historia y los resultados pueden ser diferentes con todos*”.

Sobre qué cosas podemos hacer como comunidad para cambiar la realidad, la Lic. Casal dijo que lo primero que puede hacer un ciudadano común es “*tratar al niño con respeto, verlo como un niño, como el niño que es*” y también reconocer que este fenómeno multicausal, que no es de ahora, “*es la punta visible de un problema estructural y que todos somos responsables*”.